
¿Hacia un mundo sin efectivo?

Enrique Marshall
Vicepresidente BancoEstado

El uso del efectivo como medio de pago en Chile ha perdido terreno en el curso de los últimos años. Todas las estadísticas apuntan en esa dirección. La tenencia de cuentas transaccionales ha aumentado significativamente y ha crecido el parque de tarjetas de débito alcanzando una cifra que supera los veinte millones. Paralelamente, los pagos electrónicos se han expandido exponencialmente llegando a representar una parte relevante del total de transacciones materializadas.

Estos desarrollos no deben sorprender porque responden a tendencias globales. Lo que llama la atención, quizás, es la rapidez con que los cambios se han sucedido en nuestro país en los últimos años.

La sustitución del efectivo por nuevos medios o instrumentos de pago conlleva beneficios evidentes en comodidad, oportunidad y seguridad para las personas y las empresas. También genera ganancias en eficiencia muy significativas. El caso de las monedas de baja denominación ilustra muy bien este punto. Su producción física tiene un costo muy superior al su valor nominal. Pero, además, el procesamiento posterior por parte de los bancos, las empresas transportadoras y el comercio conlleva altos costos que no están debidamente compensados. La decisión de eliminar el uso de estas monedas es por tanto un acierto.

Además de hacer más eficiente el funcionamiento del sistema de pagos, la reducción del efectivo tendría externalidades positivas en otros ámbitos. Restringiría, por ejemplo, el espacio para delinquir, lavar dinero o evadir impuestos. Incluso algunos analistas han planteado que un mundo sin efectivo facilitaría la aplicación de una política monetaria con tasa de interés negativa. Este es un planteamiento intelectualmente atractivo pero que tiene efectos e implicancias que deben ser aquilatados con la debida prudencia.

Es importante tener presente, en todo caso, que la utilización de efectivo ha sido tradicionalmente muy alta en nuestro país y que, no obstante las tendencias observadas, se mantiene alta. Además, lo más probable es que los cambios se vayan produciendo con gradualidad. Por ello, la idea de un mundo sin efectivo puede resultar todavía algo lejana. Con todo, las políticas públicas tienen mucho que hacer y decir para encauzar bien este proceso y promover así la modernización del sistema de pagos.

En primer lugar, es tarea de las autoridades generar condiciones para que se abran efectivamente nuevas opciones a la población. El desarrollo de CuentaRut por parte de

BancoEstado debe ser valorado como una acción en esa línea. Hasta hace poco tiempo, una fracción relevante de la población no tenía otra posibilidad para materializar sus pagos que usar efectivo. CuentaRut ha sido una alternativa para millones de personas. Por cierto no es obligación abrirla, pero está disponible para todos. Caja Vecina es otro ejemplo, a los que próximamente se sumará una nueva red de comercios que serán afiliados por BancoEstado y que aceptarán tarjetas bancarias –débito y crédito-. Se trata de “ComprAquí”. Y la ley que regula la emisión de tarjetas de prepago, que está en proceso de implementación, también debe ser entendida en la línea de ampliar el abanico de posibilidad para los consumidores.

En segundo lugar, las políticas públicas deben generar las condiciones de competencia y racionalidad en el ámbito de los medios de pago. En esa perspectiva, es clave que las tarifas se puedan fijar libremente y que no se acumulen subsidios injustificados que distorsionen la asignación de los recursos. En el mundo de los pagos, las conductas y preferencias deben ser inducidas por tarifas que reflejen adecuadamente los costos.

En tercer lugar, se debe evaluar cuidadosamente cualquier decisión referida a poner en circulación billetes de denominación superior a los \$ 20 mil, porque una parte importante de las contraindicaciones al uso de efectivo se relacionan precisamente con ello. En concordancia, hay que proveer facilidades para que las transacciones de alto monto puedan realizarse con expedición a través del sistema bancario, lo que facilita su trazabilidad, y revisar regulaciones que pueden inducir el uso de efectivo con los consiguientes riesgos que ello conlleva.

Lo más probable es que sigamos observando avances en el uso de medios de pago no tradicionales y la consiguiente reducción en el uso del efectivo en los próximos años. En parte, ello responde a los esfuerzos que se están haciendo en materia de inclusión financiera. ¿Pero podemos avizorar, además, que estos desarrollos nos llevan hacia un mundo sin efectivo? Algunos años atrás, la respuesta habría sido negativa. Hoy, ello comienza a ser visualizado como algo perfectamente plausible.